

UN EJEMPLO SEÑERO DE FORMACIÓN POR LA MÚSICA: LA *PASIÓN SEGÚN SAN MATEO*, DE JUAN SEBASTIÁN BACH

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Alfonso López Quintas*

I. LA MÚSICA NOS FORMA PORQUE ES TODA ELLA RELACIÓN

Hoy más que nunca, todo el que sienta preocupación por la marcha de la sociedad y, derivadamente, por la formación de las gentes, debe preguntarse: “¿Qué cosa grande y bella hemos de proponer a las nuevas generaciones?”. Una respuesta certera a esta pregunta solo podrá darla quien se afane por incrementar su capacidad de admiración ante lo valioso. La ceguera para lo valioso nos destruye como personas. Lo advirtió claramente Albert Einstein: “Quien ya no es capaz de sentir ni admiración ni sorpresa está, por así decir, muerto; sus ojos están apagados”. Nuestra capacidad de asombro ante lo noble y elevado solo se aviva cuando procuramos sintonizar con el afán de belleza, de bondad, justicia y felicidad que sentimos en el fondo de nuestro ser.

En esta línea, un hombre extraordinariamente sensible a los fenómenos estéticos, el Papa Paulo VI, recordó a los artistas —al final del Concilio Vaticano II— una de las fuentes primarias de la admiración humana: “Este mundo tiene necesidad de belleza para no caer en la desesperación. Y ustedes son los guardianes de la belleza en el mundo”.

* Sesión del día 19 de marzo de 2019.

Actualmente, se proclama una y otra vez que la música posee una gran capacidad formativa. Pero incluso músicos de alto rango lo dicen como algo obvio y no se cuidan de mostrarlo en concreto de forma persuasiva. Se observa esto, por ejemplo, en los comentarios realizados por eminentes intérpretes, como Isaac Stern, a la sugestiva película *Music of the Heart*, de Wes Graven. Es hora de que mostremos en pormenor de qué modo la experiencia musical promueve el desarrollo humano en sus diversos aspectos.

De qué modo colabora la música en la tarea educativa

Platón, el gran filósofo griego que contribuyó a poner las bases del pensamiento occidental, no conoció los inmensos logros de la música europea, las altas cimas estéticas que suponen Bach, Mozart, Beethoven, Schubert, Brahms, Debussy... Pero le bastó la experiencia de las monodías griegas —sin duda muy expresivas, a juzgar por la riqueza de los ocho —conservados en el canto gregoriano—, para descubrir el poder formativo del arte musical:

“La primacía de la educación musical ¿no se debe (...) a que nada hay más apto que el ritmo y armonía para introducirse en lo más recóndito del alma y aferrarse tenazmente allí, aportando consigo la gracia y dotando de ella a la persona rectamente educada, pero no a quien no lo esté? ¿Y no será la persona debidamente educada en este aspecto (en la música) quien con más claridad perciba las deficiencias o defectos en la confección o naturaleza de un objeto y a quien más, y con razón, le desagraden tales deformidades, mientras, en cambio, sabrá alabar lo bueno, recibirlo con gozo y, acogiéndolo en su alma, nutrirse de ello y hacerse un hombre de bien (...)?”¹.

Formar a un niño o a un joven significa adentrarlo en el área de irradiación de los grandes valores. No debemos *arrastrarlos* hacia lo que juzgamos valioso, sino *acercarlos a ese ámbito de imantación*. El resto lo hace el valor mismo con su poder persuasivo. El secreto de una buena educación es *entusiasmar* a niños y jóvenes con los grandes valores, y para ello basta mostrárselos en toda su riqueza.

Así lo entiende el agudo escritor alemán Hermann Hesse (1877-1962) cuando escribe:

“Nunca he esperado mucho de la educación; quiero decir que siempre he dudado de que al hombre se lo pueda modificar o mejorar de algún modo por medio de la educación. En cambio, siempre tuve cierta confianza en el suave poder de persuasión de la belleza, del arte, de la poesía; a mí mismo, en mi

¹ Cf. *República* 401 d.e. (El paréntesis es mío).

juventud, me formó más y me despertó con mayor fuerza la curiosidad hacia el mundo espiritual ese poder que todos los “métodos de educación” oficiales o privados. Ninguna persona puede ver y comprender en otros lo que ella misma no ha vivido. La verdad se vive, no se enseña”².

Con más intensidad todavía que las otras artes, la música promueve eficazmente la formación de nuestra personalidad pues nos insta a poner en forma nuestras facultades: los sentidos, la memoria, la imaginación, el sentimiento, la inteligencia, la capacidad de interrelacionarnos...

- Debemos avivar la sensibilidad, la capacidad de percibir y valorar la calidad expresiva de los instrumentos, los temas musicales, las diversas tonalidades y modalidades.
- Hemos de movilizar la memoria y la imaginación a fin de captar las formas en conjunto, las melodías con sus respectivas armonías, las estructuras que vertebran las obras.

Necesitamos afinar el sentimiento, la capacidad de vibrar con los valores expresivos de cada obra. Todo cuanto nos ofrecen las obras musicales nos insta a que lo *asumamos activamente*, es decir, de forma *creativa*. La experiencia musical nos muestra nítidamente la fecundidad que encierra para nuestro desarrollo personal abrirnos a las realidades del entorno que nos ofrecen posibilidades creativas. Formarnos significa entrar en el juego de la creatividad, de la creación de relaciones fecundas de encuentro. *Estas relaciones las cultiva intensamente la música.*

Cada obra musical nos pide que oigamos y asumamos cuanto implica a lo largo, a lo ancho y a lo profundo. Esto significa ejercitar las tres condiciones de la inteligencia madura: *largo alcance*, *comprensión* o *amplitud*, y *profundidad*. En el coro inicial de *La pasión según San Mateo* de Bach no sólo oímos unos sonidos reiterativos en el bajo; pasamos más allá y captamos el presentimiento de unos acontecimientos dramáticos. No nos limitamos a oír sucesivamente a dos coros; los contemplamos simultáneamente y percibimos que dialogan sobre la suerte del Salvador. No advertimos únicamente que irrumpen unos niños en la escena; nos hacemos cargo de que nos revelan el sentido profundo de cuanto está empezando a acontecer en esa noche sombría.

El oído humano es capaz de prestar atención a diversos niveles de realidad e integrarlos en un conjunto de sentido. Para aprender a vivir la música resulta decisivo advertir que existen diversos niveles de atención. Oír un sonido

² Cf. *Lecturas para minutos*, Alianza Editorial, Madrid 1994, p. 57.

exige menos atención que oír un intervalo, y menos todavía que percibir un tema musical, una frase, un tiempo de una obra, una obra entera

El aprendizaje consiste en realizar ese paso a niveles superiores de atención sin perder los inferiores, antes *integrándolos*. Captar una melodía y, simultáneamente, la armonía que la sostiene y cualifica, y advertir cómo se adaptan y enriquecen, requiere ejercicio. Es una forma de oír *contemplativa*, que se mueve en tres dimensiones. Si además nos adentramos en los ámbitos que esos medios expresivos nos comunican —ámbitos de alegría o tristeza, seguridad o zozobra, dulzura o violencia...— y nos sentimos instalados en el estilo que inspiró la composición, nuestra contemplación gana todavía una mayor calidad³.

Si tenemos esto en cuenta, no nos sorprenderá oír que la música es el arte más *sensorial* —pues parece, en principio, constar solamente de sonidos y combinaciones de sonidos, sin contenido extramusical alguno— y, al mismo tiempo, la más *espiritual*, la más independiente de lo material. Todo verdadero arte —y, de modo especial, la música— posee en sí un singular dinamismo que nos lleva más allá de lo que vemos y oímos, y nos permite contemplar diversos niveles de realidad vinculados y jerarquizados. Los niveles superiores dan sentido a los inferiores, y éstos les sirven de base expresiva.

Al afirmar que la música es “la más espiritual de las artes”, se quiere decir, a veces, que no se halla tan apegada a los materiales como lo están la escultura, la pintura y la arquitectura. Es cierto que, para existir realmente, toda obra musical requiere ser interpretada por personas de carne y hueso, con la ayuda de instrumentos compuestos de materia. Pero, no bien producen éstos las vibraciones que dan lugar a una obra musical, esta parece inmaterializarse, y sus formas se mueven con sorprendente agilidad, se entrelazan con la mayor rapidez, se transforman, dan lugar a situaciones y climas muy diversos

Además, cada obra musical puede estar presente en muchos lugares a la vez, pues no está sometida a los límites espaciotemporales que afectan a las otras artes. La partitura original de la *Quinta sinfonía* de Beethoven se halla en la casa natal de éste en Bonn. Pero esa obra musical no se halla en dicho lugar; existe de hecho en todos los sitios donde es debidamente interpretada. Estas interpretaciones significan otros tantos diálogos con el espíritu del compositor

³ Los siete niveles de realidad de una obra artística de gran aliento son expuestos ampliamente en mi obra “La experiencia artística y su poder formativo” (Universidad de Deusto, Bilbao 2010, 3.^a ed.) 236-265. En esquema, tales niveles son los siguientes, de abajo arriba: los sonidos aislados, los sonidos vinculados entre sí, los sonidos aunados por una forma musical, que los estructura; los ámbitos de vida humana expresados por tales sonidos y formas (ámbitos de tristeza y alegría, de festejo y de dolor, de agradecimiento o de ira...), el “mundo” cultural que inspira esa estructura expresiva (mundo barroco o clásico o romántico...; mundo cultural o religioso...); los sentimientos que la obra suscita, y, finalmente, el tiempo y el lugar para los que tal obra fue destinada.